



www.loqueleo.com

© 1986, Francisco Febres Cordero

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-678-1

Derechos de autor: 024126

Depósito legal: 003295

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2006

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2017

Sexta reimpresión en Santillana Ecuador: Julio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Estudio: Diego Araujo Sánchez

Ilustración portada: Roger Ycaza

Actividades: Liset Lantigua

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: María Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

ALPISTE

para el recuerdo

Francisco Febres Cordero

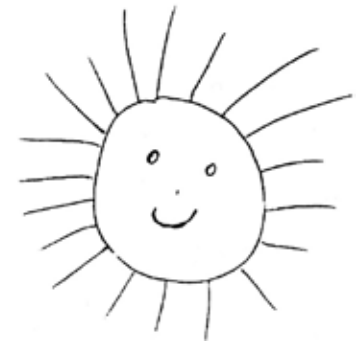
Prohibida su venta

loqueleo

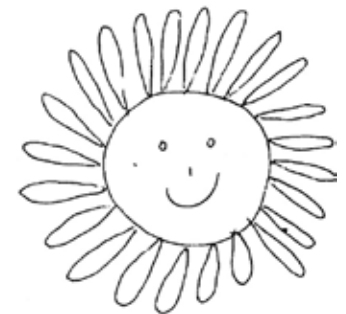
A la Cata, que es así:



Al Samuel, que es así:



A la Valentina, que es así:



Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	15
Capítulo III	19
Capítulo IV	23
Capítulo V	27
Capítulo VI	33
Capítulo VII	37
Capítulo VIII	41
Capítulo IX	45
Capítulo X	49
Capítulo X-B	55
Capítulo XI	59
Capítulo XII	63
Capítulo XIII	67
Capítulo XIV	73
Capítulo XV	77
Capítulo XVI	81
Capítulo XVII	85
Capítulo XVIII	89
Capítulo XIX	93
Capítulo XX	97
Capítulo XXI	101
Capítulo XXII	105



Capítulo XXIII	109
Capítulo XXIV	115
Capítulo XXV	119
Capítulo XXVI	121
Capítulo XXVII	125
Capítulo XXVIII	129
Capítulo XXIX	131
Capítulo XXIX-B	135
Capítulo XXX	139
Capítulo XXXI	149
Capítulo XXXII	153
Capítulo XXXIII	159
Capítulo XXXIV	167
Capítulo XXXV	171
Estudio de la obra	175
Cuaderno de análisis	183

I



Me gradué de bachiller unos meses después de la revuelta de Mayo del 68, y por eso, al dar mi grado, dije que creía que Dios era un intelectual de izquierda; casi me suspenden, no por hereje sino por poco original. Hice mi tesis de grado sobre Hermann Hesse y, desde entonces, el lobo estepario que hay en mí aúlla en noches de luna tierna. En un concurso de oratoria gané una medalla de oro que, con el pasar de los años y el conocimiento de un joyero, se convirtió en un par de aretes que le regalé a mi mujer el día de su santo y que ella perdió en la ducha; en consecuencia, actualmente no existe ninguna evidencia de que yo, de joven, pudiera hablar, y por eso ahora tengo que hacer grandes esfuerzos para que la gente no me siga creyendo mudo.

11

Me llamo exactamente igual que el santo que luego cambió su nombre por el de Hermano Miguel y, como él, entraré a la Academia de la Lengua el día en que encuentre la puerta abierta a las seis de la mañana, única hora del día en que puedo pasar por allí. Mi salto a los altares lo encuentro un poco más difícil, porque alguien pudiera pensar que hasta en el cielo existe nepotismo o, lo que es todavía peor, homonimonismo.

Si al siglo XX se lo dobla justo en la mitad se sabrá el año de mi nacimiento, ocurrido con anestesia peridural, un primero de octubre en la clínica del doctor Ayora. A los seis años me diagnosticaron cáncer; fui llevado de urgencia al exterior donde me hicieron la primera y única operación que hasta ahora me han hecho (con excepción, claro, de la efectuada posteriormente con los bancos). No tuve cáncer, pero mis padres contrajeron unas deudas que crearon metástasis en la economía familiar.

12 En la universidad comencé a estudiar la carrera de Derecho y saqué, en un cartón, una cosa que se llama licenciatu-
tura, que es como haber perdido el boleto de la lotería con el número premiado: no sirve para maldita la cosa. Tempranamente me torcí para el teatro, arte que nunca estudié pero practiqué por diez años. Después me retorcí para el periodismo, oficio que tampoco estudié pero en el que me divierto mientras me soporten.

He tenido mucho cuidado al correr por lo cual nunca me he roto ningún hueso. Sin embargo, a los siete años fui noqueado por mi hermano en el primer asalto de una pelea pactada a tres. Dos años más tarde me vengué infiriéndole una cornada con una carretilla que yo empujaba como el primer toro de una tarde en que debían salir seis. Para curarse, mi hermano estudió Medicina y ahora sabe todo sobre la sangre; tanto, que los que se enteraron de su sapiencia quisieron que les elaborara una genealogía, pero él les dijo que su especialidad era la hematología y que, tras quemarse las pestañas, había llegado a la conclusión de que todas las sangres eran siempre rojas.

A más de mi hermano tengo dos hermanas: la una mayor que yo y la otra menor, que es enfermera.

Como se ve, mi familia se divide en dos grandes ramas: los que sufren y los que curan los sufrimientos. Con mi tío Alfredo y dos de sus hijos, había cuatro médicos en la familia. Como si eso fuera poco, visito regularmente al homeópata, un sabio que me ha catalogado como *phosphurus*, único título del que hago uso.

Soy tan serio, torpe, nervioso, inseguro y angustiado, que con frecuencia recorro al humor para tapar mis defectos.

Creo que no sé nada de nada. Y quiero que a mi cuerpo lo cremen y, sin ninguna pompa, abonen un árbol con las cenizas: tanto como al currículum vitae odio los funerales.

13

II



A él le debo mi nombre.

Cuando él aún no era santo sino que estaba recién en la categoría de beato, ya tenía en los miembros de mi familia a sus más fieles devotos.

—Tú no puedes hacer eso porque tienes que ser el segundo tomo del Hermano Miguel —me decía mi madre cuando me agarraba un emperro celestial y comenzaba a lanzar lo que encontraba a mano contra cualquiera que se me cruzara por delante. Después, cuando me iba apaciguando, ella me contaba los prodigios del otro Francisco Febres Cordero, mi homónimo, el «de los pies torcidos». Lo malo es que los míos eran muy rectos y eso me atormentaba. ¿Cómo con esos pies iba a ser igual al Hermano Miguel que nació postrado y pudo caminar recién cuando se le apareció la Virgen? ¿Cómo?

Poco a poco fui descubriendo el método: comencé a ponerme, primero, lentejas; después, alverjas; y, por último, piedritas en los zapatos. Claro que me aplicaba los cilicios antes de acostarme, cuando ya no tenía que jugar fútbol. Me los colocaba antes de cenar, faena que, según es costumbre, se tiene que realizar sentado. Y me los quitaba para meterme a la cama.

Pero un día, en que el misticismo había subido a la cima, se me ocurrió ir con los tormentos puestos a jugar a la casa de mis primos. Todo iba muy bien hasta que mi tía notó que me desplazaba con gran dificultad. Se asustó tanto de mi patojera que me preguntó qué me pasaba en los pies. Y yo, con la mejor cara de mártir, le dije que nada, que así había nacido. Y ella, que no. Y yo, que sí. Como me negaba a dejarme examinar, ella se comunicó por teléfono con mi mamá, y mi mamá llegó en un abrir y cerrar de ojos, asustadísima.

16 Tal fue el asombro que tuve al verla llegar de esa manera, que de entrada se lo confesé todo. Mi mamá lloró de la pura emoción y me abrazó y me besó, y me dijo que estaba feliz de que yo quisiera ser como el Hermanito Miguel, pero me advirtió que no contradijera los designios de Dios quien, en su suprema bondad, no había querido que yo tuviera torcidos los pies. Yo lloré al ver que mi mamá lloraba y mi tía lloró de alivio al vernos abrazados a los dos.

El Hermano Miguel siguió clavado en mí. Mi mamá conservó un poema que yo le recité y que ella apuntó en el primer papel que tuvo a mano:

*Ángeles del cielo,
les dije una vez,
¿cuándo me llaman al jardín de Dios?
Ven tú, ven tú solo,
me dijeron ellos,
que aquí te esperamos en el jardín de Dios.*

Le advertí a mi mamá que ese era un secreto entre los dos y ella lo guardó celosamente.

En aquella etapa mística mi mayor aspiración era la de tener, además de un sitio en los altares, una bicicleta que me permitiera correr a toda velocidad por los senderos del bien y alejarme, también a toda velocidad, del camino del pecado. Y mi impaciencia me impedía esperar hasta Navidad, en que el Niño Dios me iba a traer una. Como recién era febrero, el tiempo se iba haciendo eterno. Entonces salí al jardín, arranqué un higo del árbol y lo coloqué en un sitio secreto. Y comencé a rezarle al Hermano Miguel para que convirtiera el fruto en una bicicleta azul. Pasé orando el día entero alrededor de la breva, y nada. A la mañana siguiente me levanté muy temprano con las ganas de aprender a pedalear, y nada: el higo seguía ahí, un poco más seco, sin saber por qué lo habían separado de su rama. Creí que lo que faltaba era más oraciones y, entre avemarías y avemarías, le puse un poco de agua al higo para que tuviera fuerzas de transmutarse. Al tercer día —en que mis familiares comenzaron a preocuparse por mi aspecto distraído— volví a ver el fruto, que había cambiado en algo: estaba bastante más fofo. Ello me dio esperanzas y me insufló ánimo para seguir rezando.

Me llevaron al médico porque pensaron que estaba enfermo. El médico me auscultó por todas partes y solo se asustó cuando respondí, con los ojos cerrados, «así en la tierra como en el cielo» a la pregunta de que si me dolía el estómago. Además de ese lapsus, no encontró ningún otro síntoma.

No sé cuánto tardó el higo en secarse hasta adquirir la fisonomía de una pasa, pero un día me olvidé de rezar alrededor de él y volví a jugar fútbol, en vista de que mis esperanzas de andar en bicicleta también se marchitaron.

Cuando había recuperado mi lozanía, mi hermano cayó enfermo. Tan enfermo que se iba a morir. Los médicos que desfilaban por la casa coincidían en un diagnóstico pesimista. Entonces el Hermano Miguel volvió a ser el centro de nuestras plegarias hasta que mi hermano de repente sanó, ante la admiración de los galenos, parientes y allegados, que no alcanzaban a salir de su estupor. En gratitud y homenaje, a mi hermano lo vistieron durante un año entero con una réplica exacta del hábito del beato. Aquello me dio tanta rabiosa envidia —al fin y al cabo era yo quien se llamaba Francisco y no él— que sin más me hice devoto de San Francisco de Asís, cuya conducta había comenzado a admirar hojeando una revista de *Vidas ejemplares*.



Quise ser torero, aviador,
 futbolista, tractorista, médico,
 albañil, carpintero, chofer
 de bus, alpinista y buzo.
 ¿Podré, con un curso de Dale
 Carnegie, saber qué soy al fin?

III

20 La esperaba en mi casa con ilusión, todas las tardes, en la etapa en que la inocencia me impedía descifrar el designio de un oráculo que había anunciado que, desde el año siguiente, yo debía ir a un local infectado por la educación, la represión y el orden; donde unos seres enfermos de moral, que les brotaba como pústulas, debían enseñarme a leer.

Ella llegaba desde algún tugurio lejano, donde vivía sumergida en la tragedia de tener siete hijos y un marido viejo, borrachín y vago que no aportaba al hogar más que una buena paliza semanal que prorrataba entre su esposa y aquellos hijos más tiernos que no alcanzaban a huir para refugiarse en el regazo solidario de la vecindad.

Aparecía jadeante y, mientras doblaba con esmero su pañolón azul, justificaba su sudor y su cansancio siempre con las mismas palabras que salían, cansinas, lentas y ceceantes, de su boca desdentada: «Niño, tengo que venir a pie porque si gasto en pasajes no me queda nada para llevar a la casa».

Repetía sus acciones parsimoniosamente: se sentaba por un momento en un banquito, exhalaba un suspiro, se calentaba las manos con su aliento arrugado por tantos avatares, y decía: «ahora sí acompáñeme, niño, que voy a trabajar».

Comenzaba a curar, envolviendo con una franela blanca las hondas laceraciones y quemaduras que habían herido la piel de la vieja mesa de planchar, y me decía: «verá, niño, allá en el pueblo donde nací había un cura que cometió un pecado».

Y mientras tomaba la primera camisa blanca y la rociaba generosamente con almidón, hasta empaparla con sus dedos pequeños y nudosos que remataban en unas uñas largas de adivina, el cura ya se había transformado en diablo y el diablo había tomado la forma de la Marraqueta, una mujer enjuta, vestida de negro, con quien hasta ahora me encuentro en mis desbocadas pesadillas.

Cuando el miedo estaba a punto de salirse por los ojos en forma de unas lágrimas gruesas que en su interior contenían todo el pavor del mundo (para entonces la plancha se deslizaba como si flotara sobre el cuello de la camisa blanca, cuya consistencia iba tornándose de acero), ella ya estaba entonando una canción burlona, en que la Marraqueta terminaba convertida en chinche y agonizaba aplastada entre sus dedos.

Señalaba el dobléz del cuello rasgándolo con sus uñas afiladas, comenzaba a alisar la pechera con el tizón de metal y me decía que su hijo Pepe quería ser médico y que para eso ella iba a hacer todos los esfuerzos porque, niño, usted todavía no sabe lo difícil que es la vida (seguía ahora con los puños y sudaba) y mi otra hija está enferma (y ahora era de sus ojos de donde iba a salir en forma de gruesas lágrimas todo el dolor del mundo), pero no le voy a referir tristezas sino que le voy a contar que en mi pueblo hay una matita que da unas pepitas de oro (doblaba parsimoniosamente la prenda y la ponía, triunfal, sobre una canasta larga de estera en la que

poco a poco iban acumulándose otras camisas blancas de mi padre, que yo creía que podían erguirse solas de lo tiesas de almidón que estaban).

Nunca interrumpí sus relatos, que acababan cuando ella desconectaba la plancha, se chantaba su grueso pañolón y se perdía; entonces los dos, por distintos caminos, nos marchábamos a encarar nuestra suerte sabiendo que nuestra complicidad no se arrugaría jamás y que la magia regresaría la tarde siguiente. Y así fue, hasta que un rayo cayó en medio de nuestros destinos y calcinó los sueños, para su-plantarlos con la amargura de la gramática y de las primeras operaciones aritméticas.

22



Como era pecoso y medio pelirrojo, el tío Carlos me bautizó como Van Johnson. Y una anciana amiga de la casa —alemana y furiosa, a quien me gustaba abrirle la cartera o esconderle el paraguas— me decía Diablo Gogo. Y mis compañeros me decían Fibra. Y mis hermanos, Paco. Pancho me decía tocayo. Y un cura, que me vio en pantalón corto y se sorprendió de la delgadez de mis largas piernas, me bautizó de Pájaro. Con tantos nombres, ¿podrá un tratamiento de vitamina E dotarme de una recia personalidad?

IV

24 En el infierno deben estar muchos de los que, de tanto que me educaron, me tuvieron en el infierno.

Eran los años cincuenta como fueron sin cuenta las averías que desgajé para enmendar tanta maldad de la que estaba repleto, a decir del cura sotanudo, tonsurado y fumador a quien le había confiado una buena tajada de mi vida, aquella que transcurrió en el infierno del pan nuestro de cada día.

El profesor me pescó hablando en la fila. Eran las tres de la tarde de mi primer grado. Y era también aguacero como que era Quito que llovía. Mi susto se camufló un poco con la neblina del patio en que esperábamos para entrar a la clase. Me metieron en la sala de cuarto grado, en la que estudiaban unos seres enormes, gordos y fuertísimos, capaces de romper a pulso un lápiz y comerse sin el menor empacho un borrador entero o una tiza. Apenas me vieron adivinaron de qué se trataba el asunto y afilaron las puntas de sus zapatos contra el suelo como los gatos contra las cortinas. El profesor les dijo «ahí les dejo a este». Y se fue.

—Tírate al piso —gritó uno que debía ser el capataz. Y yo me eché sobre la baldosa, boca arriba y bocatenso. Me lanzó un puntazo como para que me relajara.

—¡Sube las piernas hasta que estén a diez centímetros del suelo! —Y yo las subí, sin saber cuánto eran diez centímetros pero sabiendo lo que era el suelo.

—¡Toma para que aprendas, chuso bestia! Y no las bajas hasta que contemos diez, diez nomás, para que no sufras.

Y comenzó el coro, lenta, ceremoniosamente: u nno, dddos ss. Al tres se cayeron mis piernas y se cayó un poco de agua de mis ojos, también, de tan anudada que tenía la garganta. Uno gritó chuso maricón. Otro, se te fue la mano, Pérez. Otro, que repita. Y el cuadro de la Dolorosa que estaba al frente me consolaba de tantos puñales que tenía la imagen clavados en el corazón.

Tiempo después aprendí, con las vocales, lo que era el cancel: una pequeña cárcel con barrotes de madera, cuya ventana daba al patio principal de ese edificio grande, blanco y triste, más triste que un domingo. El reo era encerrado allí por horas y, a veces, por días enteros: ingresaba apenas entraba al colegio y por la tarde salía mucho después de que acababan las clases. Al mediodía le daban un plátano, un pan y un vaso de leche. Y todos se arremolinaban para verlo y él era héroe por un rato tan largo como el que tarda un helado al derretirse al sol. Después se arreculaba contra la pared posterior de la celda y se hacía chiquito, chiquito y lloraba unas lágrimas tan grandes como sus ocho años. Siempre terminaba así el reo.

Con la suma aprendí lo que era el sótano. Qué era eso: un sótano grande y más negro que la sotana del cura rector. Era el destino de los incorregibles, que a la larga terminaban expulsados del colegio. Era un sitio pavoroso, alimentado por la leyenda: allí había un nido de alacranes, ponzoñas y

25